

EL COMISIONISTA

Fredric Brown

Estoy muy asustado. No porque mañana sea el gran día, el día en que he de atravesar una pequeña puerta de color verde para recibir una lección de cómo huele el gas cianuro. No se trata de eso en absoluto. Quiero morir. Pero...

Todo empezó cuando conocí a Roscoe, pero antes de llegar permitidme hacer un rápido bosquejo de lo que yo era A. R. (antes de Roscoe).

Era joven, relativamente guapo de un modo tosco, relativamente inteligente y bastante educado. Entonces me llamaba Bill Wheeler. Era aspirante a actor de televisión o de cine; hacía cinco años que lo intentaba y no había logrado tener siquiera la oportunidad de aparecer en un anuncio comercial local, menos aún de hacer de figurante en una película de mala muerte. Comía porque realizaba el turno nocturno, de seis de la tarde a dos de la madrugada, como encargado de un puesto de hamburguesas en Santa Mónica.

En principio, acepté ese trabajo porque tenía tiempo suficiente durante el día para coger el autobús hasta Hollywood y recorrer las oficinas de los agentes y los estudios. La tarde en que todo empezó, cuando mi suerte sufrió un viraje brusco, estaba a punto de renunciar. Hacía casi una semana que no iba a Hollywood. Me había dedicado a descansar, a conseguir un buen bronceado en la playa, a pensar en serio con respecto a mi futuro, a tratar de averiguar para qué tipo de trabajo podía ser apto y si sería capaz de conseguirlo y que pudiera conducirme a una vida que tuviera, por lo menos, algunas satisfacciones. Hasta ese momento, había sido la profesión de actor o nada; renunciar incluso a la esperanza de ser actor algún día exigió bastantes readaptaciones de mi pensamiento.

Mi suerte cambió a las seis en punto de una tarde, a la hora a la que habría tenido que ir a trabajar si no hubiese sido mi día libre y ello tuvo lugar en Olympic Boulevard, cerca de la Fourth Street, en Santa Mónica.

Encontré una cartera. Sólo contenía treinta y cinco dólares en efectivo pero, además de otras tarjetas de crédito, también incluía las del Diner's Club, Carte Blanche e International...

Me encaminé hacia el bar más cercano para tomar un trago.., y pensar.

Nunca en mi vida había hecho algo seriamente fraudulento, pero llegué a la conclusión de que ese encuentro, en el nadir de mi vida hasta la fecha, era una señal de Alguien o Algo en el sentido de que ésa sería la noche más grandiosa de mi vida así como su hito decisivo.

Sabía que no sería seguro utilizar indefinidamente las tarjetas, pero no correría riesgos haciéndolo sólo una tarde o una noche. Tendría una buena cena, copas, un hotel lujoso, una prostituta de las que hacen citas por teléfono, de todo. (Sí, ya sé que las prostitutas que se contratan por teléfono no aceptan tarjetas de crédito, pero podría utilizar las tarjetas contra talones al portador por todo lo que pudiera llevarme en todos los lugares donde me detuviere, y me detendría en tantos como pudiese antes de llegar a la fase de la puta por la noche.)

Con un poco de suerte, terminaría con un buen premio. Utilizaría por última vez la tarjeta de crédito por la mañana, para adquirir un billete de avión a fin de

abandonar este desesperante lugar y empezaría en otro, como si fuese otra persona. Probaría cualquier cosa menos los platós. Eso nunca más... Por lo menos hasta algún día, una vez desaparecido el amargo resabio del fracaso de los intentos profesionales, en teatros de aficionados como pasatiempo.

Empecé a esbozar cuidadosos planes, ya que el tiempo era esencial.

En principio, pedí al camarero que me pidiera un taxi por teléfono. Me trasladé en él hasta mi cuarto. Practiqué durante media hora la firma de las tarjetas hasta que pude copiarla perfectamente y sin mirarla. Pedí otro taxi mientras preparaba las maletas y estaba listo cuando llegó. Le ordené al taxista que me llevara a la agencia de alquiler de coches más cercana.

Quería un Cadillac y me sentí algo decepcionado al tener que conformarme con un Chrysler, pero en realidad no tenía importancia ya que no era probable que alguien lo viera salvo los encargados de los aparcamientos.

Le dije al hombre - tal como pensaba decir a muchas otras personas antes de que terminara la noche - que me había quedado sin efectivo y que si tenía un cheque en blanco disponible, le agradecería que me lo hiciera efectivo por la cantidad que pudiera entregarme cómodamente. Desde luego, tenía muchos otros elementos de identificación, entre los que se incluía, gracias a Dios, un permiso de conducir, documentos que coincidían con las tarjetas de crédito. El hombre revisó la caja registradora, me hizo efectivo un cheque por cincuenta dólares y así inicié mi carrera delictiva.

Empezaba a tener hambre, por lo que conduje desde Wilshire hasta Hollywood, entregué el coche a un encargado del aparcamiento del Derby y entré. Todas las mesas estaban ocupadas y el maitre d'hôtel me dijo que tendría que esperar quince o veinte minutos. Le respondí que no había problema, que cuando hubiera una mesa disponible me encontraría en el bar y me encaminé hacia allí.

Ocupé el único taburete que se hallaba desocupado junto a la barra y me encontré sentado al lado de un hombre que también estaba evidentemente solo, pues al otro lado había una pareja ocupada de sí misma y que no le incluía en la conversación. Era un hombrecillo apuesto con una espesa pero rizada melena de cabello blanco casi puro y un prolijo bigotito blanco, aunque el color de rosa y la tersura de su piel demostraban que era mucho más joven de la edad que le hacían aparentar su cabello y su bigote blancos. Evidentemente, sólo llevaba uno o dos minutos en la barra, dado que no tenía una copa delante.

En cierto sentido, fue el camarero quien nos presentó. Supuso que estábamos juntos, tomó y trajo juntos nuestros servicios y preguntó si queríamos una o dos cuentas. El hombrecillo apuesto me ganó de mano, puesto que yo me disponía a hacer lo mismo, al volverse hacia mí y preguntarme si le haría el honor de tomar mi copa con él y a su cargo. Le di las gracias té; chocamos nuestras copas y empezamos a charlar.

Tal como lo recuerdo, evitamos usar el tiempo como gambito de apertura, pero nos concentramos en el tema de conversación de mediados de verano en Los Ángeles que ocupaba el segundo lugar: las posibilidades de los Dodgers de ganar el campeonato.

En tanto actor - o, mejor dicho, en tanto ex pretendiente a actor -, siempre me han interesado los acentos y el suyo me desconcertó especialmente. Era inglés de Oxford con un toque de libanés ocasionalmente salpicado por un

hollywoodismo puro o un fragmento de jerga cinematográfica. Cuando más tarde lo cite directamente, no intentaré reproducir su acento.

Me cayó bien y yo parecí caerle bien. Casi de inmediato, sin presentarnos formalmente, nos llamamos por nuestros nombres le pila. Llámame Roscoe, me dijo. Y yo le respondí que me llamara Jerry en lugar de Bill, dado que J. era la primera inicial de J. R. Burger, el nombre que figuraba en las tarjetas de crédito; ya había tomado la decisión de invitar a cenar a Roscoe si aún no lo había hecho. En esas circunstancias, dos cenas no me costarían más que una.

Después del béisbol, acerca del cual ninguno de los dos sabía demasiado, el cine fue nuestro tema de conversación. Sí, me dijo que pertenecía a la industria cinematográfica. En ese momento no estaba en activo, aunque había invertido en varias producciones independientes y en dos espectáculos de televisión. Hasta hacía tres años, había producido o dirigido una docena de películas, las primeras en Londres y el resto aquí. Era yo actor? Pensaba que tenía el aspecto y hablaba como si lo fuera.

No me preguntéis por qué; de repente le conté toda la amarga verdad sobre mi fracaso pero, extrañamente, no lo conté con amargura, sino alegremente, haciendo que pareciera divertido. Más extraño aún, de pronto yo mismo lo vi divertido. Estaba en plena charla cuando se acercó un camarero y preguntó si yo era el caballero que esperaba una mesa. Respondí afirmativamente y pregunté a Roscoe si quería ser mi invitado y él aceptó.

Pedimos la cena y descubrí que era yo quien más hablaba mientras comíamos. Desde luego, tuve que cambiar el final de mi historia para explicar mi relativa prosperidad en ese momento, pero no fue difícil; me limité a inventar una pequeña herencia dejada por un tío. Expliqué que había aprendido la lección y que no la derrocharía en la misma ratonera en que lo había hecho los últimos cinco años de mi vida. Pensaba volver a mi ciudad natal y conseguir un trabajo sensato.

El camarero vino y nos dejó la cuenta. La di vuelta para colocar una generosa propina y encima dejé una tarjeta de crédito.

Me alegré de que Roscoe no intentara pagar ni compartir gastos. Quería demostrar que tenía crédito para tratar de hacer efectivo un cheque. Más que nada para plantear un tema de conversación, comenté con Roscoe que estaba corto de efectivo y le pregunté si sabía de qué cantidad me cambiaría un cheque el Derby.

- ¿Para qué molestarles, muchacho? - preguntó -. Siempre llevo encima bastante efectivo. ¿Quinientos te parece suficiente? Intenté no mostrarme entusiasmado cuando le respondí que suficiente. Suponía que el restaurante sólo me cambiaría una fracción de esa cantidad; probablemente correrían algunos riesgos con un cliente que paga con tarjeta de crédito, pero no demasiados. Cuando el camarero llegó a recoger la cuenta y la tarjeta le pedí que me trajera un cheque en blanco y lo hizo en el acto. Mientras escribía el nombre de un banco en la parte superior y rellenaba el cheque, Roscoe sacó una pinza de oro para llevar dinero que sólo parecía sujetar billetes de cien, al menos una docena, y conté cinco.

Me los entregó mientras yo le daba el cheque. Lo miró y arqueó ligeramente las cejas.

- Jerry - dijo -, pensaba invitarte a mi casa a charlar, pero ahora tengo un doble motivo. Al parecer, tenemos el mismo nombre. ¿O por casualidad encontraste la cartera que perdí esta tarde en Santa Mónica?

Santo cielo, Santo cielo, Santo cielo. Sí, ahora sé que fue algo más que una coincidencia... Tenía que ser en una ciudad del tamaño de Los Ángeles, pero ¿qué otra cosa podía pensar entonces? Ni siquiera fue como si me hubiese seguido hasta el Derby, pues estaba allí antes de que yo llegara.

Durante un momento de delirio, pensé escapar por sorpresa... al fin y al cabo no conocía mi verdadero nombre y si lograba escapar limpiamente estaría a salvo. Pero si empezaba a correr y él gritaba «¡Detengan al ladrón!», media docena de camareros tendrían la posibilidad de sujetarme o tenderme una zancadilla.

Él seguía hablando con absoluta serenidad:

- J. R. significa Joshua Roscoe, de modo que puedes comprender por qué elegí el menor de los males. Ahora no seas tonto. Tal vez pueda hacerte una propuesta interesante. ¿Estás preparado?

Se puso de pie; yo asentí estúpidamente y también me levanté, al tiempo que pensaba qué demonios de propuesta se le podía ocurrir. No parecía marica, aunque si de eso se trataba podría arreglármelas.

Le seguí hasta el exterior y, obviamente, fue una coincidencia que hubiera un coche patrulla con dos polis en el interior aparcado más allá de la zona de carga. Le dio un pavo al portero - guardaba el cambio en un bolsillo y sólo los billetes grandes en la pinza - y pidió un taxi. Casi abrí la boca para decir que en el aparcamiento tenía un coche, pero decidí cerrar el pico y ver lo que ocurría.

Subimos al taxi y él dio unas señas de La Ciénaga. No habló durante el viaje y yo me dediqué a hacer cálculos mentales. Podía devolver el dinero, tenía lo justo. Me refiero a mis veinticinco pavos. La cuenta del restaurante había ascendido, propina incluida, a doce dólares. Y si devolvía inmediatamente el Chrysler, sólo pagaría alrededor de treinta kilómetros y dos o tres horas y podría utilizar los mismos cincuenta que había conseguido con el cheque sableado para recuperarlo. Si él me lo permitía, reconocería con franqueza la cuestión y la manejaría de ese modo.

El taxi se detuvo delante de un edificio de apartamentos de aspecto próspero. ¿Fue una coincidencia que otro coche patrulla estuviese aparcado al otro lado de la calle? De todos modos ya había decidido escucharle y plantear luego mi posición y sólo intentaría largarme si todo fracasaba.

Fuimos en ascensor hasta el cuarto piso y él utilizó una llave para abrir la puerta que daba al salón de un agradable apartamento de soltero. De seis habitaciones, supe más tarde, pero no había servicio de limpieza pues a él le gustaba la intimidad. Me señaló un sofá y fue hacia un pequeño bar situado en un ángulo.

- ¿Un coñac?

Asentí y luego comencé a hablar, a pronunciar mi discurso sobre la devolución mientras él servía coñac en dos copitas. Se acercó y me entregó una.

- Evítame los detalles sórdidos, Jer... Ah, ¿ése es tu verdadero nombre de pila o lo elegiste para que coincidiera con la primera inicial de las tarjetas?

- Soy Bill - repliqué -. William Trent.

No estaba dispuesto a darle mi verdadero apellido hasta que supiera que no corría riesgos, pero no tenía nada que perder con el nombre de pila.

Me alegré al ver que se sentaba en un sillón frente a mi, en vez de hacerlo a mi lado en el sofá.

- No es característico - comentó -. Con tu cabellera pelirroja, ¿qué te parece Brick? Brick Brannon. ¿Te gusta?

Asentí. Me gustó bastante y, además, podía darme el nombre que quisiese mientras no llamase a la policía o hiciera insinuaciones.

- A tu salud, Brick - dijo y levantó la copa -. Ahora hablemos de la historia que me contaste. ¿Hasta qué punto es verdad?

- Hasta la última palabra - respondí -, si cambias la herencia de un tío por el hallazgo de una cartera.

Dejó su copa, atravesó la sala hasta un pequeño escritorio sacó de un cajón un guión cinematográfico fotocopiado. Buscó una parte del guión mientras volvía a cruzar la sala y me lo entregó abierto.

- Lee la parte de Filippo en esta página y media. Es un leñador tosco y analfabeto, con acento canadiense. Profundamente enamorado de su esposa pero furioso con ella en esta escena de la discusión. Primero léelo para ti y luego en voz alta. Haz una pausa en las frases que correspondan.

Lo leí para mí y después en voz alta. Él me dijo que pasara una docena de páginas hasta encontrar otra escena y que leyera el papel de otro de los personajes, y más tarde el de un tercero. En cada ocasión me explicó quién era el personaje, cómo hablaba y cuál era su relación con los demás personajes que aparecían en escena o que se mencionaban.

Cuando concluí la tercera lectura, él asintió y me dijo que dejara el manuscrito y cogiera mi coñac.

Roscoe bebió un largo trago de su copa.

- De acuerdo - afirmó -, eres un actor. No has tenido una oportunidad. Puedo convertirte en una estrella en dos años si me permites ser tu administrador.

- ¿No hay truco? - inquirí y me pregunté si estaba loco.

- El diez por ciento - respondió -. Pero tendrá que salir del total... y bajo cuerda. Verás, Bill, no soy agente diplomado, y necesitarás uno al que tendrás que pagarle otro diez por ciento para que se ocupe de los detalles, redacte contratos y cosas por el estilo. Lo que yo haga será entre bastidores.

- Yo estoy de acuerdo, pero aún no he logrado que un agente respetable me contrate - dije -. ¿Qué hago en este sentido?

- Me ocuparé de ello. También tendrás que pagarle el diez por ciento del total porque no debe saber, nadie debe saber nada sobre tu acuerdo conmigo. Su diez por ciento podrás deducirlo normalmente de los impuestos pero el mío no porque será extraoficial. ¿Aceptado?

- Aceptado - respondí y hablaba en serio. Desesperado, a menudo había pensado en tratar de sobornar a un agente para que me contratara ofreciéndole el veinte o incluso el cincuenta por ciento si me promocionaba realmente; a decir verdad, lo intenté con varios a los que logré ver y me rechazaron de plano -. ¿Alguna otra condición?

- Sólo una. Puesto que entre nosotros no habrá nada escrito, espero que por tu honor no permitirás que yo te cree y luego intentarás excluirme. Por lo tanto, lo definiremos así. Cualquiera de los dos puede cancelar este acuerdo durante el primer año. Pero si durante ese primer año, en el que yo operaré entre bastidores y en el que tú podrás o no reconocer mi fina mano italiana en lo que sucede, tus ingresos brutos ascienden a veinticinco mil dólares o más, el acuerdo entre nosotros se torna permanente e irrevocable. ¿Aceptado?

- Aceptado - respondí. Como actor, no había ganado cien dólares en mi vida; veinticinco mil parecía una cifra imposible. Aunque él estuviera loco yo no tenía

nada que perder y, a más, no me haría arrestar. Eso me recordó la situación, por que saqué la cartera y agregué -: Ahora bien, con respecto la devolución...

Roscoe suspiró.

- Está bien - dijo -. Detesto los detalles, así que quitémoslos de en medio. Cuéntame todo lo que hiciste desde que encontraste la cartera.

Procedí a explicarlo y dejé la cartera sobre la mesa.

Cogió la cartera, extrajo todo el dinero que contenía y se la guardó en el bolsillo.

- Bien - dijo -. Quinientos treinta y cinco son míos. Quédatelos como préstamo. Podrás devolvérmelos dentro de un mes. Devuelve el coche alquilado y recupera el cheque de cincuenta dólares. Olvida la cuenta que firmaste con mi nombre en el Derby; la cena corrió a mi cargo. No regreses al puesto de hamburguesas. Alquila esta misma noche un cuarto o apartamento en Hollywood. El traje que llevas no está mal, pero si es el mejor que tienes, cómprate mañana uno más decente y también todos los accesorios que necesites. Ah, y una chaqueta de cuero negro de ir en moto y tejanos, si no los tienes.

- ¿Una chaqueta negra para ir en moto? - pregunté -. ¿Para qué?

- No te preocupes. Espera - cogió la pinza de dinero, contó los billetes de cien dólares que quedaban, ocho, y me los entregó. Me debes ochocientos dólares más. Consigue un coche. Necesitarás algo para moverte. Tendrás que moverte por Universal City, Culver City... la industria no está concentrada en Hollywood. Quizá gastarás quinientos en uno usado. Pero en pocos meses lo cambiarás por un coche nuevo. ¿Qué más? Ah, ¿Bill Trent es tu verdadero nombre?

- Mi verdadero nombre es Bill Wheeler.

- Lo era. Ahora es Brick Brannon. Esto es todo, pero telefonéame mañana a primera hora de la tarde. Mi número figura en la guía. No olvidarás mi nombre puesto que practicaste su falsificación.

Tuve una noche ajetreada, aunque en nada parecida a la que había proyectado. Regresé al Derby en taxi y cogí el Chrysler, lo devolví en Santa Mónica y recuperé mi cheque contando la historia de que por error había girado en descubierto y conseguido dinero en efectivo en otra parte. Por suerte, la agencia de alquiler de coches estaba en la parte del Santa Mónica Boulevard que está repleta de negocios de coches de ocasión que permanecen abiertos por la noche, de modo que dejé las maletas en la agencia y salí a la búsqueda de un coche. En la segunda agencia encontré lo que quería: un Rambler tasado en quinientos. Después de dar la vuelta a la manzana, logré que lo rebajaran a cuatrocientos cincuenta sin siquiera haber dado algo como pago y lo compré inmediatamente.

Recogí mis maletas y volví a Hollywood. Aún era temprano y recorrí Sunset Strip en busca de un apartamento de soltero, lo encontré y me mudé. Por ciento cincuenta dólares mensuales, tenía un hogar, lugar para aparcar el Rambler, acceso a una piscina e incluso servicio telefónico a través de una centralita. Y todavía era temprano, horas antes de lo que habría puesto fin a la velada que originalmente había planeado, pero de repente me sentí muy cansado y me acosté en cuanto terminé de deshacer las maletas. Debía haber estado demasiado agitado para poder dormir, pero me relajé y me dormí profundamente en cuanto me acosté.

Por la mañana fui hasta Hollywood Boulevard, compré un buen traje, aunque de confección, y algunas cosas más. Incluso una maldita chaqueta de cuero negro aunque no sabía para qué. Tenía de antes varios pares de tejanos. Al volver a casa me di un chapuzón en la piscina, crucé a comer al otro lado de la calle y luego telefoneé a Roscoe.

- Querido, muy bien - dijo -. ¿Conoces a un agente llamado Ray Ramspaugh?

- Sí, le conozco - respondí.

Le conocía y lo respetaba. Era el más importante de los traficantes de seres humanos que operaban a nivel individual, el más importante y el mejor. Sólo se ocupaba de unos pocos clientes selectos. Jamás había soñado siquiera con intentar verle.

- Tienes una cita con él a las dos en punto. No faltes.

- Allí estaré - repliqué -. ¿He de llamarte para informarte lo que ocurra?

- Ya sé lo que ocurrirá - afirmó -. Brick, a partir de ahora sólo tendrás que llamarme cuando recibas un cheque. Entonces me telefonearás para acordar una cita, aquí o en cualquier otro sitio, y darme mi tajada.

Llegué a la oficina de Ramspaugh, en South Vernon Drive, a la hora en punto y no tuve que esperar ni un minuto. Su secretaria me hizo pasar en el acto.

Él fue directo al grano y dijo:

- Roscoe dice que eres bueno y creeré en su palabra. Aquí tienes un contrato listo para firmar. Se trata de un contrato corriente, pero léelo antes de firmarlo. Vete con él al despacho contiguo; mientras tanto, yo haré algunas llamadas telefónicas.

Se trataba de un contrato impreso y yo lo habría firmado de buena fe, pero evidentemente él quería librarse de mí mientras hablaba por teléfono, por lo que lo llevé al despacho de su secretaria y lo leí - hasta la letra más pequeña - y luego lo firmé. Su secretaria habló por el intercomunicador y me dijo que Ramspaugh ya podía volver a verme y regresé a su despacho.

Ramspaugh dijo:

- Creo que tengo algo preparado. Un pequeño papel, pero al principio tendrás que hacer algunas cosas pequeñas para darte a conocer. Un papel para una sola toma en una nueva serie que han empezado a filmar en Revue. Ya tenían el reparto, pero el chico al que contrataron esta mañana sufrió un accidente automovilístico. Te necesitan con urgencia. ¿Podrás estar allí a las tres?

Asentí con la cabeza, pues me había quedado sin habla.

- De acuerdo. Pregunta por Ted Crowther. Ah, ganarás tiempo si vas disfrazado. Harás el papel de un joven recio, uno de esos que intentan actuar como Brando en El salvaje. ¿Tienes una chaqueta de cuero negro y tejanos?

Tragué saliva y volví a asentir.

- Cámbiate mientras vas hacia allí. Y vete volando, querido. Vamos a hacer grandes cosas.

Así de difícil fue para mí conseguir la primera oportunidad de actuar y durante mucho tiempo estuve demasiado ocupado para preguntarme cómo pudo saber Roscoe, la noche anterior, que al día siguiente me ayudaría para mi primer papel contar con una chaqueta de cuero negro para ir en moto. En cuanto al momento en que hizo la sugerencia, el accidente automovilístico que incapacitó al joven contratado para ese papel aún no había ocurrido.

Pero creo saber por qué me mencionó la chaqueta. Al margen de hacerme contratar de inmediato y sin vacilación por uno de los más relevantes agentes - un milagro en sí mismo -, «la fina mano italiana» de Roscoe rara vez fue visible. Todos mis papeles llegaron a través de Ramspaugh y pude suponer que él y yo lo hacíamos todo por nuestra cuenta. Aquella primera vez, con el fin de demostrarme algo, Roscoe había querido que su mano se notara. Había querido darme algo en lo que pensar.

Pero no tuve mucho tiempo para pensar y, a decir verdad, tampoco el suficiente para asustarme. Estaba demasiado ocupado. Al principio pequeños papeles, algunos sólo fragmentos, pero tantos como podía interpretar. Y a finales de año había crecido o me habían ascendido a papeles subordinados importantes y de responsabilidad. Probablemente pude ganar más dinero, pero a veces Ramspaugh rechazaba por mí papeles mejor pagados a favor de los peor pagados. En primer lugar, quería impedir que me encasillaran. Además, tampoco me permitía aceptar un papel permanente en una serie en la que me pondrían bajo contrato para hacer lo mismo una y otra vez.

Incluso así, ese año alcancé una ganancia bruta de poco más de cincuenta mil dólares, el doble de la cifra que habría vuelto irrevocable mi acuerdo con Roscoe, por lo que irrevocable se volvió. Después de restados los dos porcentajes del diez por ciento - uno de ellos deducible de los impuestos y el otro no - y los impuestos propiamente dichos, aún me quedaban más de quinientos dólares semanales de paga líquida, además de un Jaguar, un guardarropa realmente fino y un apartamento realmente bonito.

Durante el segundo año dupliqué esa cifra. Quiero decir que dupliqué mi ganancia neta a mil semanales, lo que significaba que debido a que me colocaron en un grupo de impuestos superior, había más que duplicado la ganancia bruta. Ahora interpretaba cada vez más papeles subordinados en las películas; mi nombre era bastante conocido, de modo que mis apariciones en las series de televisión lo eran como «estrella invitada» e hice papeles de primer actor en varios espectáculos especiales.

Sin embargo, ese año sucedió algo que me recordó la presencia de Roscoe, si de eso se trataba, y mostró una nueva faceta de nuestra relación que yo no imaginaba que él pensara que existiera.

No es éste el episodio, pero tengo que contarlo como preliminar: pasé una semana en Las Vegas mientras rodábamos una película. Normalmente no soy jugador, pero una noche entré en uno de los casinos, compré fichas por valor de mil dólares y me dirigí a una de las mesas de dados. Empecé por apostar cien dólares, di con una buena racha y poco después apostaba el máximo de quinientos dólares por jugada. Gané poco más de veinte mil y después empecé a perder. Cuando quedé con once mil - una ganancia de diez de los grandes -, me retiré. Al regresar, vi a Roscoe para entregarle sus ingresos del total desde que le había visto por última vez. Los contó y luego pidió mil más, al tiempo que me recordaba los diez mil ganados en Las Vegas. Le entregué esos mil pavos sin vacilar. No había intentado guardármelos; simplemente no había comprendido que al decir el diez por ciento de todo él se refería a todo. No era un misterio el modo en que se enteró de mi racha de buena suerte, ya que varios miembros de la compañía cinematográfica habían compartido la mesa conmigo.

Fue la continuación de ese episodio lo que ahora me preocupa y más tarde veréis por qué. Una semana después regresamos a Las Vegas para repetir

algunas tomas. Volví a apostar - ¿por qué no hacerlo, dado que aún iba a la cabeza? - y esta vez perdí cuatro mil. Debido a que no tuve rachas de suerte no permanecí largo rato en ningún sitio. Recorrí toda la zona y visité una docena de casinos. No me acompañaba nadie y nadie pudo conocer el total de mis pérdidas. Sin embargo, cuando volví a ver a Roscoe para entregarle el dinero, me devolvió cuatrocientos dólares. Bastante justo; si reducía mis ganancias, ¿por qué no mis pérdidas? Pero, ¿cómo pudo enterarse?

No obstante, hubo otra pista acerca de lo que quería decir con el diez por ciento de todo. La cuestión realmente problemática surgió cuando me casé. Sí, lo habéis adivinado pero tengo que explicar cómo se produjo.

A principios del tercer año, firmé el contrato de mi primer papel estelar en una película importante, a razón de cinco de los grandes por semana. Mejor dicho, co-estelar; mi estrella compañera era una joven y bella actriz en camino de la fama llamada Lorna Howard. Durante una sesión informativa antes de iniciar el rodaje, Lorna y yo estábamos en el despacho del productor que súbitamente dijo:

- Oídme, chicos, sólo se trata de una idea, pero los dos sois libres y sois solteros. Si os casarais, quiero decir entre vosotros, podríamos hacer un gran montaje publicitario. Bueno para la película y para vuestras carreras - sonrió -. Por supuesto, sería un matrimonio de conveniencia.

Levanté una ceja y miré a Lorna.

- ¿Lo sería? - le pregunté.

Ella me devolvió el levantamiento de ceja.

- Podría serlo, señor, según qué quiera decir con eso de conveniencia.

Y por eso nos casamos.

Al recordarlo, me resulta difícil comprender y menos aún explicar por qué me aproveché tan poco de las crecientes oportunidades que mi ascenso meteórico durante esos primeros dos años me había dado con las mujeres. Bueno, desde luego había tenido algunas aventurillas, pero fueron relativamente escasas y sin importancia. Claro que había estado condenadamente ocupado y al final de un día arduo solía sentirme muy fatigado y temeroso ante la idea de tener que madrugar a la mañana siguiente para otro día semejante. A veces ni siquiera pensaba en mujer durante varias semanas seguidas.

Pero el matrimonio me apartó de todo eso. Lorna y yo no estábamos enamorados, pero ella era tan concupiscente como hermosa y la boda resultó más que conveniente. Durante un tiempo nos divertimos de la cabeza a los pies, a veces literalmente. Sobre la base de que cada uno de nosotros era moralmente libre y de que, puesto que no había amor, tampoco debían surgir los celos. No me aproveché de ese acuerdo pero poco después comprendí que, evidentemente, yo no era suficiente para ella y que Lorna tenía una aventura por otra parte. El diez por ciento del tiempo, estaba convencido, después de enterarme por casualidad de quién era amante.

No tenía motivos morales para quejarme, pero le quitó belleza a las cosas. Ella lo percibió y nos separamos. Después de estrenada la película, ella fue a Reno para obtener un divorcio discreto. Dicho sea de paso, a mí no me costó nada; Lorna tenía más capital que yo y los mismos ingresos. Tengo la corazonada de que si hubiese tenido que pagar el divorcio o pensión de alimentos, me habría sido reembolsado el diez por ciento de ese gasto.

En ese momento había firmado contrato para otro papel estelar, en esta ocasión por una cifra realmente astronómica, y de repente comprendí algo:

más allá de determinado nivel de ingresos, empezaba a perder dinero al ganar más. La mayoría de las personas no lo comprenden y, a decir verdad, yo no me había dado cuenta, pero cuando la parte de tus ingresos sujeta a impuestos supera los doscientos mil, en el caso de un hombre solo, debes pagar el noventa y uno por ciento de todo lo que está por encima de esa cantidad, lo que te deja el nueve por ciento... menos, desde luego, el impuesto estatal sobre ingresos. Por lo tanto, dado que el diez por ciento de mis ganancias brutas iban a Roscoe bajo cuerda y, en consecuencia, no era deducibles, perdí dinero con todo lo que gané por encima de los doscientos mil. Si alguna vez obtenía una ganancia bruta de medio millón en un año, iría a la ruina. Jamás podría convertirme en una estrella máxima.

Pero no fue eso lo que me llevó a tomar la decisión de matar a Roscoe como única forma de anular un contrato irrevocable. No estaba tan ansioso de dinero y de más fama y, aunque no me alegraría hacerlo, podía hacer lo mismo que ya ponía en práctica algunas estrellas: interpretar una sola película al año. A Ramspough no le gustaría, pero podría soportarlo.

El factor desencadenante fue que me enamoré. Repentina total y desenfrenadamente, por primera vez en mi vida y, lo sabía, por única vez. Ella no era actriz y nunca había deseado serlo; se llamaba Bessie Evans y era guionista en la Columbia. La primera vez que nos vimos, se enamoró de mí tan totalmente como yo de ella.

Roscoe tenía que largarse. Quería tener algo más que una aventura con ella; deseaba casarme para siempre y mientras Roscoe viviera no podría hacerlo. O, mejor dicho, no lo haría. Si él obtenía el diez por ciento de ese matrimonio, igual tendría que matarle, de modo que daba lo mismo que fuese antes.

Por supuesto, me era imposible explicar a Bessie por qué no podía casarme con ella de inmediato; simplemente tuve que pedirle que confiara en mí y lo hizo. Mientras hacía planes para liquidar a Roscoe y liberarme, la oculté bajo seudónimo en un pequeño apartamento de Burbank. La veía tan poco como nuestro ardor lo permitía y siempre tomé las máximas precauciones para que no me siguieran hasta allí.

No entraré en detalles sobre mi plan para acabar con Roscoe. Baste decir que conseguí un arma a la que era imposible seguir el rastro y una llave de su apartamento. Y vestí un disfraz perfecto a fin de que si me veían en su edificio de apartamentos, o en sus proximidades, nunca pudieran reconocerme ni identificarme posteriormente.

Una madrugada, a las tres en punto, usé la llave. Con el arma en la mano, crucé en silencio la sala y abrí la puerta del dormitorio. De afuera llegaba apenas luz suficiente para ver que él se sentaba súbitamente al oír el sonido de la puerta que se abría. Disparé seis veces y ya no estuvo sentado.

Me hubiera ido de inmediato, pero en el súbito silencio posterior a los disparos oí que una ventana se cerraba con suavidad, aparentemente la de la cocina, ventana que por lo que recordaba daba a una escalera de incendios.

Una súbita y horrible sospecha me obligó a encender la luz del dormitorio y la horrible sospecha quedó justificada. No se había tratado de Roscoe, solo en la cama. Había sido Bessie, que momentáneamente se encontraba sola allí. ¿Por qué jamás se me ocurrió ni remotamente que el diez por ciento de todo no sólo se refería al dinero o al matrimonio?

En cierto sentido, morí allí y entonces. De todos modos, llegué a la conclusión de que quería morir, y si en el arma hubiese quedado un cartucho, probablemente lo habría disparado contra mi cabeza. Pero telefoneé a la policía. Cuando llegaron, había llegado a la conclusión de que les dejaría hacer el trabajo en mi lugar en la cámara de gas.

Me negué a hablar con la policía por temor a que un abogado pudiera aprovechar mi historia para preparar, incluso contra voluntad, un alegato de demencia. Con el fin de evitarlo, cuando conseguí un abogado y hablé con él, le conté mentiras que le llevaron a suponer que tenía la base de una buena defensa y le convencí de que me llevara al banquillo a declarar. Entonces, deliberadamente, dejé que el fiscal me hiciera papilla durante el interrogatorio a fin de que no quedaran dudas de que me condenarían a la pena de muerte.

A Roscoe no se le vio más y aún sigue desaparecido. Puesto que el crimen tuvo lugar en su apartamento, la policía intentó encontrarlo para interrogarlo, pero no lo necesitaban para que reforzara sus afirmaciones ni buscaron demasiado.

Pero esté donde esté, el acuerdo entre nosotros es «permanente e irrevocable» y eso es lo que me tiene asustado. Tanto que las últimas noches no he dormido.

¿Cuál es el diez por ciento de la muerte? ¿Seguiré vivo un diez por ciento, consciente un diez por ciento a lo largo de una gris eternidad? ¿Regresaré para volver a vivir y a sufrir un día de cada diez o un año de cada diez... y en qué forma? Si Roscoe es quien sospecho que es, ¿qué haré con el diez por ciento de un alma?

Sólo sé que mañana lo averiguaré... y estoy asustado.

FIN

Enviado por JR